Solemnidad de María, Madre de Dios

La unión hipostática

Nadie se enamora de la naturaleza. Nos enamoramos de una persona. Una mujer ama a un hombre, no a la humanidad. Y una madre pellizca las mejillas regordetas de un bebé recién nacido, no las mejillas de dos naturalezas.

Santa María dio a luz a una personita, un bebé, como ningún otro. En esa personita, una naturaleza humana se unió a una naturaleza divina en el momento de la concepción.

Entonces, María era la madre de la persona Jesús, y la persona Jesús tenía dos naturalezas, una completamente humana y la otra completamente divina. Santa María fue, entonces, la madre de la naturaleza humana de Jesús y de su naturaleza divina. Ella era tanto la madre de un hombre como la Madre de Dios.

Aquí deben identificarse dos extremos. Jesús no fue real y verdaderamente solo un Dios que simplemente fingió ser un hombre. Tampoco era realmente un hombre que simplemente pretendía ser un Dios. Jesús, el hombre, no vestía su divinidad como un manto que pudiera quitarse de los hombros cuando entraba por la puerta. Y el Hijo de Dios no usó una máscara humana

carnosa para ocultar el resplandor de su rostro divino real. Jesús era completamente Dios y completamente hombre en un misterio de fe que llamamos unión hipostática. Y debido a que una mujer es la madre de una persona, no una naturaleza, María es la madre de Dios. Esta ha sido la doctrina constante de la Iglesia Católica desde el Concilio de Éfeso en 431 d.C.

Santa María tiene muchos títulos con los que la honramos. La solemnidad de hoy conmemora el vínculo absolutamente único e irrepetible que ella compartió con Jesús, un vínculo que ningún otro santo puede reclamar. Jesús y María probablemente incluso se parecían mucho, ya que el de ella era el único ADN humano en su cuerpo.

Qué cosa tan hermosa que nuestro Dios no descendió flotando del cielo sobre una almohada de oro. Qué bueno que no fue forjado de un yunque de fuego. Qué justo que no llegó a la tierra en un rayo. Jesús no pudo redimir lo que no asumió. Así que fue apropiado que Él nació como todos nosotros: de una madre.

Honramos a María hoy por su vocación de madre. Si hubiera desaparecido de las páginas de los Evangelios después de dar a luz a Jesús, aún habría cumplido su papel en la historia de la salvación. Ella fue obediente. Ella fue generosa. Ella permitió que Dios la usara, en cuerpo y alma, para escribir el primer capítulo de la verdadera historia del hombre: la historia de la Iglesia.

Como todas las historias reales, la persona es lo primero. Se vive una vida. El libro viene después.

La Iglesia y la misión de los primeros apóstoles y la de los apóstoles de los últimos tiempos

La Madre de Dios nos da a nuestra Madre, la Santa Madre Iglesia, que lava nuestras almas en las aguas salvadoras del bautismo y así nos adopta en la familia de Dios.

La maternidad de María da al mundo a Jesús. Jesús nos da la Iglesia. Luego, la Iglesia nos lleva a la familia de Dios, donde María es nuestra madre, Jesús nuestro hermano y Dios nuestro Padre.

Esta es la familia de la Iglesia. ¡Qué orgullo ser miembros de una familia tan noble!

Oh, Madre de Dios, tú diste a luz al que creó todo. Qué hermoso el misterio. Qué exaltada tu vocación que precede y hace posible las propias vocaciones de los Apóstoles. En casa rebotaste sobre tu rodilla el que hace girar el mundo en su dedo. Ayúdanos a comenzar este nuevo año con asombro más que resoluciones, con gratitud eterna más que metas mundanas.

Así como a los 12 primeros apóstoles los llamaste a orar en Cenáculo para luego, embebidos en el Espíritu Santo enviarlos a sembrar a tu Hija, la

Iglesia, sobre la tierra. Así, ahora, nos has llamado a hacer Cenáculo y a mantener a tu Hija viva entre las tinieblas abrumadoras.

Nosotros a los que Tú llamas tus hijos, apóstoles de los Últimos Tiempos, tus humildes siervos, queremos ser parte de tu Ejército, ser fieles a nuestra promesa, obedientes a tu Llamado.

Madre de Dios y Madre nuestra, hoy, tus pequeños, hincados profundamente en tu Santísimo Vientre Materno queremos repetir contigo: FIAT y como ciegos al mundo seguir solamente a tu Llama de Amor Santo y Divino para que se haga viva tu promesa:

"Al final mi Corazón Doloroso e Inmaculado Triunfará"

¡Sagrado Corazón de Jesús, venga a nosotros tu Reino Eucarístico!

Adaptado de: María, Madre de Dios. Ignatous Press Podcast. My Catholic Life Inc.